



EDITORIAL

Juan Marcos Pueyrredon

El “padre” como cada ser o cosa existente, tiene un fin que se desprende de su propia esencia. Pocos conceptos hay cuya designación encierre tanta simplicidad y complejidad al mismo tiempo, a medida que se lo analice a la luz de las diversas formas de conocimiento, cada una de ellas sujeta a su propia panoplia de instrumentos específicos y que requieran hoy de un modo tan urgente, reflexiones como las que incluimos en este número de “Valores”

Para comenzar, es de destacar que el sentido y el fin de la “paternidad” fueron determinados por el propio Creador en el momento del Génesis. Así, en el mismo origen, cuando “hombre y mujer los creó”, los destinó a la “paternidad” a uno y a la “maternidad” a la otra.

Ahora bien, en la Trinidad hay Padre, Hijo y Espíritu Santo, “tres personas distintas de una misma naturaleza, que constituyen un solo Dios verdadero” por lo que la existencia del “Padre” es anterior a la creación del mundo.

Hombre y mujer están creados –como personas- “a su imagen y semejanza” y están asociados a la continuación de la especie humana, hecha a “imagen y semejanza” de su Creador. Si el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, surgen claros y evidentes los principales atributos que definen “al padre

terrenal”, que tiene un rol de “co-creador”, protector, maestro y sacerdote, conjuntamente con la “madre terrenal”, y con la fuerza del mutuo amor y del amor por la obra emprendida por ambos.

Pero además es en la comunidad doméstica familiar en la que se integran naturalmente, donde comienzan y se realizan las personas que luego fundarán sus propias familias.

Para ello es necesario que se produzca la propia “existencia” primero en ese “espacio” -de allí la función procreadora del hombre y la mujer- y luego la “subsistencia” para la que el padre asume el rol de protector, que da sentido “social” al trabajo y al esfuerzo, en un mundo en el que los bienes materiales que se obtienen y el patrimonio que se constituye pueden ordenarse a sus fines jerárquicamente e integrarse a la realización de un bien superior al del gasto hedonista al que a menudo atrae la sociedad de consumo y al que la publicidad empuja muchas veces. De la necesidad de preservar los bienes producidos, surge también la lógica necesidad del dominio y de la transmisión de los mismos y el derecho a la herencia.

También es en esa comunidad doméstica donde la madre y el padre contribuyen a educar a los hijos en sus conocimientos, en su propia historia familiar y la de su país, en la virtud y en los “valores” y dan forma a la ligazón de la familia entre el mundo natural y el sobrenatural. Y así el hogar se transforma también en una cadena de transmisión del culto a la divinidad que da origen a esa función “sacerdotal” que la tradición romana atribuía al “pater familias” como así también con el cristianismo y la visión de la familia como Iglesia doméstica, con la función diversa, pero complementaria y recíproca de ambos padres en el amor y en las virtudes de la Fe, la Esperanza y la Caridad...

Además, la familia como comunidad se integra naturalmente a la sociedad política cuya finalidad debe ser dirigida al orden público adecuado y al bien común.

Es así que en ese marco, el hombre y la mujer dan forma primero a la sociedad doméstica y se integran a la sociedad política como “célula” primaria y esencial.

Es en ese orden que se entiende la necesidad de revalorizar el propio concepto de “padre” y es posible plantear los problemas y desafíos que se dan en nuestra época, en la que la crisis de la “paternidad integral” está directamente relacionada con la tarea de demolición de la familia en la que están empeñada una parte no menor de la “dirigencia” política en todo el mundo contemporáneo, en la que se ha difuminado hasta su eliminación tanto el concepto clásico y cristiano de paternidad como el de la función propia y específica de los padres en el marco de la vida social. Tómese nota, por ejemplo de la ausencia de fuertes “asociaciones de padres” que serían tan necesarias en la lucha contra el proceso de aniquilación de la familia

En este sentido, consideramos como muy positiva la reacción, en forma incluso organizada que han tenido los padres en nuestro país en defensa de la educación de sus hijos a raíz de la arbitraria decisión de las autoridades con motivo de la pandemia, de impedir que las escuelas públicas de gestión estatal y privada dicten clases presenciales a los alumnos prácticamente durante el lapso de un año y medio y hasta hoy, cuando está probado científicamente que las escuelas no son lugares de contagio, afectando gravemente el derecho de los padres y de sus hijos a recibir una educación digna.

De allí la importancia de este número de “Valores”, en el que, comenzando con el marco espiritual, destacamos un estudio sobre el Padre Nuestro como oración que nos revela la condición del Padre y la nuestra de hijos suyos, y otros dos, sobre el acompañamiento de la Virgen y San José, en particular la función de este último como padre silencioso y como ejemplo de verdadera paternidad, en el Año declarado por la Iglesia en su honor y dedicado a su devoción

Respecto de la comunidad doméstica, tratamos en sucesivas notas la educación en el marco espiritual de la paternidad, el rol del padre en las etapas tempranas de la vida, la necesidad de su presencia y participación eficaz como guía de sus hijos, las relaciones en la familia y en particular la educación en el perdón y la necesidad de perdonar y ser perdonados. Acompañamos también experiencias y testimonios que tratan los momentos más difíciles como el de las pérdidas, el

análisis de la familia como equipo y una nota sobre Enrique Shaw como ejemplo de padre.

Como temas de sociedad, se plantean temas como el problema de un mundo sin padres y el de los hogares sin padre, la situación de los padres contra las cuerdas en el marco de la crisis de la paternidad, la corresponsabilidad parental en la educación en la familia moderna y las consecuencias del aborto en los padres y la necesidad de ayudarlos y asistirlos frente a esas desgraciadas circunstancias

La variedad de los asuntos abordados y la relevancia del impacto de la crisis de la paternidad nos muestran que estamos lejos de haber agotado el asunto con este número.